



COMPENDIO HISTORIAL
DEL
DESCUBRIMIENTO, CONQUISTA I GUERRA
DEL
REINO DE CHILE

CON OTROS DOS DISCURSOS,
UNO DE "AVISOS PRUDENCIALES EN LAS MATERIAS DE GOBIERNO I GUERRA"
OTRO "DE LO QUE CATÓLICAMENTE SE DEBE SENTIR DE LA ASTROLOJÍA JUDICIARIA"

COMPUESTO POR

El capitán don MELCHOR JUFRE DEL ÁGUILA,

Natural de la villa de Madrid.

(Continuacion)

Mas ántes de dejar este desierto
Diré dos cosas tuyas admirables,
I son dos ríos que esquisitos tiene:
El uno que de día solo corre
De dos picas de caja, i media vara
O poco mas de fondo llevar suele,
I a la puesta del sol o más o ménos
Poca cosa, se seca de repente,
De suerte que no corre ni una gota;
I los indios le llaman Anchallulla,

Que es lo mesmo que grande mentiroso.
El otro es cerca deste, de sal blanca,
Que corre como de agua permanente,
I es toda sal perfeta en todo punto,
Que sacada de allí luego se cuaja
I queda como el ampo de la nieve;
I todas sus riberas están blancas
De piedras della como el alabastro.
Dejo otros minerales de colores,
De piedra i jaspes de diversos modos,
Que en otra tierra fueran valiosas
I tuvieran estima memorable.

Llegó Valdivia a Copiapó, i hallóle
Despoblado de jente i bastimento;
I aunque hizo dilijencias i emboscadas,
No pudiendo prender ni a un indio solo,
Pasaba allí su jente hambre i aprieto
Sustentada con solo unos canales,
Fruta silvestre de la tierra i mala;
I a cabo de tres días en un alto
De un encumbrado médano de arena,
Vieron jente i no poca que miraba
Mui a su salvo el seco alojamiento;
Pero no era posible en muchas horas
Aquel sitio ganar, con gran rodeo;
I un valeroso castellano viejo,
Caballero de Burgos, que su nombre
Era Gaspar Orense, prometía
Fácilmente traerle, si allí estaba,
El cacique del valle, o de los vistos
El más principal indio que allí hubiese.
A todos admiró tan gran promesa;
Mas acetada, que a caballo luego
Se pusiesen algunos, dijo presto;
I desnudo en su toldo, con calzones
De lienzo, i borsegués en plantillas,
Jubon blanco i bonete colorado,
Sin más arma ofensiva o defensiva
Que su mesmo valor, que era mui grande,

Se fué acercando al médano de arena,
Haciendo reverencias, sumisiones,
Quitándose el bonete i inclinando
La cabeza hasta el suelo, i fué subiendo
Por el médano arriba poco a poco;
I aunque tardando más de una hora larga,
Por ir con gran trabajo cahondando, (1)
Al fin llegó allá arriba con aliento.
Los indios le esperaron porque vían
Que un hombre solo era i desarmado,
I ellos estaban más de cuatrocientos.
En llegando en la lengua cuzca dijo
(Que es la que aquellos hablan) le dijesen
Cual era allí el cacique, a quien traía
Él de su capitán de paz palabras,
Deteniéndose a posta en la barranca,
Hincando las rodillas al decirlo.
A lo cual un muchacho, adelantando,
Salió unos pasos hácia él, diciendo:
Yo soi, di que me quieres; i él al punto
Como a echarse a sus piés fué, i agarróle,
I aunque a tenerle muchos acudieron,
Con él i con los más vino rodando
Por el médano abajo en un momento,
Sin que daño ninguno recibiese;
I acudiendo al socorro los caballos
En fin prendieron nuestro caciquillo,
Único hijo del mayor cacique,
Con gran risa de Orense i regocijo
Del buen efeto de su pensamiento;
Que se alegra en su consejo
El hombre, acertando alguno,
I es bueno el que es oportuno (2).
Así se reparó la jente toda,
Porque vino de paz el padre luego
Alegando disculpas infinitas,

(1) Talvez debe leerse *cohondando*, o mas bien *cohondido*, de *cohondir*, voz usada en el siglo XIV, que significa *confundido*.—M.

(2) *Prover.*

I el preso prometió guardarla siempre,
Cosa que cumplió mal como veremos.

GUSTOQUIO

Graciosa cosa i valeroso hecho,
Cierto merecedor de premio grande.

PROVECTO

Como esos, centenares de mayores
Han sido con olvido allí pagados,
En que se cumple bien lo que Cornelio
Tácito dice de esta suerte mala:
Miserable es el que siendo
En hechos esclarecido,
Muere sin ser conocido.
Esto os quise contar por un donaire,
Pero pocos podré desta manera,
So pena de pasar mucho la raya.

GUSTOQUIO

Grande lástima es que cosas tales
Haya de sepultar perpétuo olvido.
Pero seguid, que va gustoso el cuento.

PROVECTO

Pasó Valdivia con su brava jente
Ciento i cincuenta leguas más arriba
Hasta un gran valle que los naturales
Le llaman Mapochó, i en él se vía
I en su grande comarca ser bastante
Para una poblacion sufrir copiosa;
I de lo que noticia se alcanzaba
El comedio era allí de lo ya visto;
I así se resolvió de hacer un pueblo
En este valle, como al fin se hizo,
Que cabeza del Reino ha sido siempre,

A quien puso por nombre Santiago
Del Nuevo Estremo, por del Pirú serlo,
Dándole forma en ordinario modo,
En que no me detengo, porque ha rato
Questa relacion dura i aun estamos
Mui al principio, i falta casi todo.

Desde aquí conquistó de su comarca
A cuatro i a seis leguas más i ménos
Como dos o tres mil indios en breve,
Con que pasaban ya mejor la vida,
Que habia sustento al modo de la tierra,
Carne de caza i de la mar pescado
(Aunque está quince leguas la más cerca.)
Pero como no solo se buscaba
Un mal comer, i esto con riesgo tanto,
Siguióse luego el pretender que diesen
Oro los indios, i aunque alguno daban,
Menester era más para el deseo,
Que como dijo el Cordobés sapiente:

Más difícil es vencer
La cudicia, mal de males,
Que enemigos corporales.

I así los indios presto lo entendieron.

Era mui esencial abrir camino
Para poder pasar al Pirú, pocos
Siguros, a buscar lo necesario;
Lo cual dificultaba el estar toda
Por conquistar la tierra del comedio,
Principalmente aquellos copiapóes
Que del gran despoblado eran la llave,
I así por esto, como por que es cosa
Mui sabida de diestros capitanes,

Que en toda nueva conquista
No es bien mucho adelantar,
Sin las espaldas ganar; (1)

Determinó Valdivia que un caudillo
Los fuese a conquistar, i que poblase
En un sitio dél ya reconocido

(1) *Tácito.*

En la costa del mar, en buena parte,
I justamente en la distancia media
Que hai desde Copiapó hasta Santiago.

Salió pues con sesenta compañeros
Juan Bohon, capitan de grandes partes
De virtud i bondad i fortaleza;

Mas dijo bien por esto Marco Aurelio:

Sigueros van los oficios
En poder de virtuosos,
Mas ellos mui peligrosos.

Pobló con brevedad donde hoi se llama
Ciudad de la Serena, en aquel sitio
Del valle que Coquimbo se llamaba,
Por cuyo nombre es hoi más conocida,
Haciendo un fuertecillo, i bastecido,
I del pueblo nombrados los vecinos,
I dejando en él como hasta veinte hombres,
I algunos naturales ya asentados,
Bohon con los cuarenta fué adelante
A la conquista de los copiapós,
'Cosa en que consistia el hecho todo;
I fuera bien el principiar por ella
Ántes de dividir sus fuerzas pocas.
Murió en ella i los suyos, que uno solo
No se escapó de muerto o de cautivo,
Con que viniendo sobre el pueblo luego,
Lo mismo hicieron, de los que allí habia
Solo escapando dellos un vecino,
Que Pedro de Cisternas se llamaba,
Que aportó por milagro a Santiago,
I pudo dar la nueva del suceso;
Con el cual, i con otros desconciertos
Causados (u de agravios como algunos
Sienten) u de motivos diferentes,
Los indios se apocaban cada dia
Con irlos de ordinario conquistando,
Cosa que a poner vino a los cristianos
Con mil necesidades al estremo,
Porque andando las armas en las manos,
Con continuos trabajos excesivos,

Su estado cada día empeoraba,
I a términos llegaron que comían
Chicharras i otras tales inmundicias,
Buscadas por los campos por sus manos;
 Que el harto el panal desprecia,
 Mas el que busca que coma
 Lo amargo por dulce toma. (1)

I era lo mas sensible que no hallaban
Camino alguno de esperar mejora,
Rotos ya i destrozados i perdidos,
Que aunque tenían de oro alguna suma,
Ni les vestia ni les sustentaba,
Ántes les era peso cuidadoso,
En que pasaron bien estrañas cosas
De su desprecio i compras excesivas,
En que bien se probaba no son ricos
Los que oro mucho tienen, sino aquellos
A quien concede Dios poder gozarlo.

 I que solos ricos hace
 De Dios haber bendicion,
 Pues lo son sin aflicion. (2)

Estando pues en este gran aprieto
Prendieron de Aconcagua i de Quillota,
Valles grandes distantes quince leguas
De aquella poblacion, unos caciques
Que eran los principales de la tierra;
I el más Michimalongo se llamaba;
Con que entendieron mejorar su suerte.
Mas viendo en largo tiempo no acudian
A tratar de librarlos sus vasallos,
O por batalla o amigable pacto,
I que no se atrevian por ser muchos
Los españoles que aun quedaban vivos,
Que serían ciento i treinta, poco ménos,
Tomaron un consejo sabio mucho,
Pues como el grande Tito Livio dijo:
 En el principio el consejo

(1) *Proverbios.*

(2) *Proverbios.*

Es grande sabiduría,
I en el peligro osadía.
Como desesperados acordaron
De dividirse, i que Valdivia fuese
La tierra arriba a descubrir buscando
O la muerte o remedio a tantos males;
Que es proverbio de Séneca sabido:
Buena muerte es la del hombre
Que ataja de prevenida
Muchos males de la vida.
Para lo cual llevó cincuenta solo,
Tomando para sí el mayor peligro,
Que es precepto de Tácito Cornelio:
Al repartir las facciones,
La más ardua el jeneral
Tome, o repartirá mal.
Juzgando, como fué mui cierta cosa,
Que en viendo los vasallos de los presos
Dividida la fuerza, a rescatarlos
Vendrian sin duda a probar ventura
Con los otros ochenta, se quedaron
En cuatro cuadras que tenia el pueblo,
Cuatro mui valerosos capitanes:
Los dos Franciscos, Villagra i Aguirre,
Juan de Ávalos Jufré, Monroi el otro.
Vinieron pues los indios al combate,
Despues de algunos dias, orgullosos,
Antes de amanecer como una hora,
De que aviso tenian los cristianos
Por un indio que Aguirre preso habia,
I en orden i a caballo estaban todos,
Cosa que les valió el quedar con vidas.
La multitud era infinita casi;
Lo cierto que serian más millares
Que los ochenta que se defendían,
Matando mui gran suma a cada paso,
Que era canalla bárbara aunque inmensa.
I al fin como eran tantos, se estuvieron
El día entero así obstinadamente,
Que habiéndolo puesto fuego a las pajizas

Casas de los cristianos, ya mui cerca
De vencer estuvieron a la tarde.
Estaba en el cuartel, que el fuerte era
La casa de don Pedro de Valdivia,
Cuya defensa a Aguirre habia dejado,
Una brava mujer que fué más que hombres,
La cual Juana Jiménez se llamaba (1).
I ésta con cuatro inútiles soldados
De los presos caciques tenia cuenta,
Que estaban en un cepo todos juntos;
I oyendo que el mormullo de los indios
Voceando sus nombres repetian,
Conoció que librarlos solamente
Era su pretension, i así mandóles
A aquellos hombres que con ella estaban,
Que al punto los matasen, i no osando
Hacerlo, recelando el ser vencidos
De tan gran multitud, ella tomóles
Una espada, i matólos por su mano,
I cortando las bárbaras cabezas,
Arrojólas afuera de una en una;
I luego que aquel vulgo temeroso
Reconoció frustrada su esperanza,
I muertos sus caciques, cuya ira
Temia por no haberlos libertado,
Retirándose fué por sus cuadrillas,
Siguiéndole los nuestros i matando
Mui muchos dellos hasta bien de noche;
Que los caballos andar ya no podian.

(1) El nombre de esta mujer que mató por su propia mano a los caciques prisioneros, o que, segun otras versiones, lo que parece más probable, los hizo ultimar por los soldados que los custodiaban, era Ines de Suárez, i nó el que se da en el texto. Este cambio de nombre, tratándose de tal hecho respecto de una persona como la antigua querida de Valdivia, que a la muerte de éste pasó a ser la esposa lejitima del gobernador Rodrigo de Quiroga, se explica perfectamente. Cuando escribia su relacion Melchor Jufre, los descendientes de Quiroga, aunque no lo fueran de doña Ines de Suárez, que no dejó descendencia, ocupaban la más alta situacion social en la colonia, i naturalmente habrian mirado con desagrado que se hiciese recuerdos que desdijeran de la posicion social i del aprecio que aquella señora supo conquistarse por su carácter bondadoso i caritativo.—M.

Murió un cristiano solo, aunque quedaron
Muchos mui mal heridos, i el que ménos
Poco ménos que muerto de cansado,
Desangrado i molido de porrazos.
Mas todo se olvidó con la vitoria.
Quemáronse los tres cuarteles todos
Empobreciendo más sus moradores.
Solo quedó el del capitan Aguirre,
Que era fuerte, i la casa de Valdivia,
Que a la conquista fué importante cosa,
I a la conservacion, que si se ardiera
Despoblar fuera fuerza i retirarse.
Sabido este suceso luego vino
Don Pedro de Valdivia, i conquistando
Con gran facilidad la tierra fueron.

CAPÍTULO III

En que se trata de lo sucedido hasta la muerte del Gobernador don Pedro de Valdivia

Estaban nuestros bravos españoles
Conquistadores, rotos i desnudos,
Faltos de municiones i perdidos,
No pudiendo al Pirú comunicarse,
De donde le viniesen mercancías,
Pertrechos i otras cosas necesarias,
De que ya él abundaba en grande suma,
Que a buscar la riqueza habia acudido
Todo marchante la ocasion gozando,
Si bien los precios eran excesivos,
En que no reparaban, porque daba
Plata mucha la tierra, i eran pocos,
I della aun al menor tocaba mucha.
I al que dió riquezas Dios
Permitió que las gastase,
I cual suya las gozase. (1)

(1) *Ecclesiast.*

Ofrecióse Monroi a salir luego
Con solos otros cinco compañeros,
Que en sus buenos caballos confiados
Tan gran temeridad acometieron;
I hechos frenos, estribos, guarniciones,
I hasta las herraduras de oro fino
(Cosa que esta vez sola ha visto el mundo)
Salieron hasta el valle conocido
Llamado Copiapó, donde creyeron,
Tomando de razon poco cimientó,
Les guardaría la fé ya prometida
El caciquillo que allí prendió Orense.
Lijera i total causa de su engaño!
Fué dellos otro Pedro de Miranda,
Gomez Suarez, Resquido fué el tercero,
I el de los otros dos no se me acuerda.
Mas dijo bien el Cordobés prudente:
Cierto es el anticiparse,
I el ser mayor, ya llegado,
El peligro despreciado.
Pelearon con ellos en llegando,
I en cumplimiento de la fé jurada,
Mataron de los seis los cuatro luego
Los indios, escapándose el caudillo
I Pedro de Miranda, que corrieron
Como diez leguas por el despoblado
Sin llevar que comer ni en él haberlo;
Donde siendo alcanzados i allí presos,
Traidos a Copiapó quedaron vivos,
Porque se encomendaron a una hermana
Del cacique, que igual mando tenia,
I se mostró con ellos piadosa;
I con él uno dellos demasiado.
Fué largo el cuento; al fin de allí escaparon
Con el favor de aquella, habiendo muerto
El cacique su hermano, que es sabido
A más se estiende la ambicion humana.
Tardó mucho en saberse en Santiago
Que pelearon i que muertos eran
Los cuatro dellos, aunque se rujia

Entre los indios algo del suceso,
Que de mil varios modos lo contaban,
Aunque en ser muertos todos convenian.
I aunque escapó la vida así Miranda,
I volvió con Valdivia a Santiago,
I fué vecino rico i opulento,
No sé si aquella muerte dél cacique
Ante Dios pareció justificada,
Segun el mal suceso de la suya
Que fué mui miserable i lastimosa
I memorable el caso, mas no tengo
Lugar de os le contar; su hijo hoi vive
I nieta goza su repartimiento,
Si así llamarse pueden indios treinta
Que de más de doscientos le han quedado,
Que a tal disminucion todo ha venido.

En fin se supo cuando ya se hallaba
Valdivia en el Pirú, que habia bajado
En un navío que por caso raro
Allí aportó de quien sabido habia
De Gonzalo Pizarro el alzamiento.
(I aun dicen que tenido carta suya)
Mas porque el modo fué gracioso mucho
Os lo quiero contar mui por estenso.

Habiendo, como dije, ya entendido
Que el tirano el Pirú tenia revuelto,
I deseando el ir a señalarse
En servir a su rei, que bien sabia
Su persona seria de importancia,
Como lo fué, que como Lipsio dijo:
El mal común a bien siempre
Hemos de creer nos guia,
I que es cierto Dios le envia.
Persuadió a los vecinos que tenian
Mucho oro junto, que se lo prestasen,
Para enviar por jente i municiones;
I escusándose todos de hacerlo,
Les dijo: pues, señores, id vosotros,
Porque viendo que va de aquí oro tanto,
Movais jente a venir, pues causa es vuestra.

Acetaron, i fué dando licencias,
Mas muchas ménos de las que quisieran,
Porque muchos neutrales se quedaban,
I más los que más oro poseían,
Que comprar de los otros aguardaron
Sin querer arresgarse a incierta cosa.

I habiéndose partido para el puerto
Los que trataban ya de hacer el viaje
Dos o tres días había, i concertado
Con el maestre i dueño del navio
En todo el hecho, se partió una noche
I llegando i sabiendo que ya todos
Estaban embarcados con su ropa,
Que era tan poca, cual podrá creerse,
Enviólos a llamar, i convidólos,
I después de comer, rogóles mucho
Que en el Pirú prestasen a Francisco
De Villagra que allí traído había,
I le enviaba a traer la jente i ropa
Lo más que cada uno buenamente
Pudiese, que les daba la palabra
De pagárselo todo por entero,
Plática que movió por ver si acaso
Abrian puerta para declararse,
Pero solo el prestarle prometieron.
I alzados los manteles, poco a poco
Al disimulo se acercó a la playa,
I embarcándose solo fué al navío,
I luego a sus amigos fué llamando.
El primero a Jerónimo Alderete,
I luego a Juan Jufré i Diego García
De Cáceres, tambien Vicencio Monte,
I Gaspar Villarroel, Juan de Cepeda,
Con Antonio Beltrán, Luis de Toledo,
I a Diego Oro, i después su secretario,
Ante quien protestó, todos presentes,
Que por servir al Rei, aquello hacia;
I mandó se tomase razon clara
Del oro que tomaba a cada uno
De los que dejó en tierra así burlados.

I numerado todo, halló serian
 Como cien mil ducados pocos ménos,
 Sin lo que los demas i él embarcaron.
 I despues lo pagó mui por entero.

I nombró por teniente por su ausencia
 A Villagra, que en tierra habia dejado,
 Que Aguirre ausente entónces se hallaba,
 Dándole mui bastantes provisiones.
 I fué resolucion mui acertada,
 Porque a tiempo llegó, que su persona
 Con tal cuadrilla fué de efeto grande,
 Que con todos se halló cuando batalla
 El Presidente Gasca dió a Pizarro;
 I del Rei ordenó los escuadrones
 Cuando vencido fué en Jaquijaguana,
 Donde viendo bajar una ladera
 Caravajal, del Rei al campo, dijo,
 En viendo el buen concierto que traia
 I ir bajando corriendo cada hilera:
 O allí viene Valdivia, el que fué a Chile,
 O el diablo ha concertado aquella jente.

GUSTOQUITO

A tiempo fué importante segun eso
 I es sin duda que Dios le moveria.
 Qué necio anduvo ese Pizarro en todo,
 Pues si tomara por mejor camino,
 Quedara honrado, quieto i opulento,
 Que dijo Salomon como tan sabio:
 Mas vale poco en justicia
 Tener, que gran cantidad
 Con pernicioso maldad.
 Mas no quiero estorbar vuestro discurso.

PROVECTO

Antes le alijerais con vuestras notas.
 Mas de Carvajal notad con cuanta
 Razon le adivinó su breve daño

El corazon, que ya desbaratado
Fué en el alcance i por Valdivia preso
I por Francisco Peña, un gran soldado
Que capitan fué en Chile mui de estima;
I ámbos al de la Gasca le trujeron,
Diciendo gracias i donaires muchos,
I justiciado fué en la misma parte
En que acetó el mal cargo que tenia
De maese de campo de aquel vulgo
Sedicioso, por no decir tirano.
Habida esta vitoria a el Presidente,
El famoso don Pedro de Valdivia
En premio de su mérito notorio,
Pidió socorro i otras cosas muchas,
Tan justas como bien consideradas;
I de su memorial i propio escrito
A todo de su mano la respuesta
De el licenciado Gasca i de su letra
Yo tengo en mi poder, en que encojido
Todos los mas capítulos remite
Al Rei nuestro señor i a su Consejo,
I negando lo mas, poco concede.

¡Lástima es grande ver tan corto premio!
Era prudente; así convendria acaso.

Pero volviendo a mi sumada historia,
Cuando se supo de Monroi el caso
En Santiago, habia poca jente,
Que Francisco de Aguirre, conquistando
Con treinta hombres o con pocos ménos,
De lo mejor andaba en la provincia
Que llaman Promocáes, con buen efeto,
Treinta leguas de allí más adelante.
Mas con todo, sabido el mal suceso
Del capitan Monroi, por no mostrarse
Los españoles de ánimos perdidos,
En tiempo que ya andaban vitoriosos,
Trataron luego de ir a hacer castigo
A aquellos copiapóes que ya ufanos
Con vitorias al cielo amenazaban.
I bajó a esto con cincuenta hombres

Francisco Villagra, como teniente
I mejor capitán, que mui dichoso
Llegó a Coquimbo, i viéndole quemado,
De Copiapó la vuelta siguió luego;
I al medio del camino le salieron
Los indios i le dieron la batalla
En que se peleó de entrambas partes
Mucho, sin conocerse la vitoria,
Aunque mataron indios i ninguno
Del todo pereció de los cristianos,
Quedando heridos como diez o doce.
Al fin le pareció que mayor fuerza
Aquel hecho pedía, i retiróse.

Venia en este tiempo ya por tierra
Pedro de Villagra, que le enviaba
Don Pedro de Valdivia con socorro
De setenta soldados, que, a juntarse
Con los cincuenta allí, sin duda alguna
Pensarse puede, hicieran gran efeto;
I erráronse por poco i descuidados,
O con ménos recato que era justo,
Llegando a Copiapó los asaltaron
Los indios de improviso, i fué gran prueba
De su valor el no perderse algunos.
Pero llegó después con otros treinta
Un capitán, Francisco Maldonado,
Con el mesmo descuido, i dellos veinte
Le mataron los indios, i escaparon
Los diez a gran ventura mal heridos.
Mas habiendo Valdivia ya aportado,
Que vino por la mar en un navío
Del capitán Bautista de Pastene,
(De los nobles de Jénova notorio)
Que del Pirú en las fuertes ocasiones
Gran servidor del Rei se habia mostrado,
Trayendo soldadesca i municiones,
I mercaderes de caudales gruesos,
Empezó a tomar forma lo poblado
I a enriquecerse todos de esperanzas.
I fueron conquistando a todas partes

De la nueva ciudad términos muchos,
Que a ejemplo de unos, otros se rendian;
I habiendo ya venido algunos frailes
De San Francisco, de mui santa vida
En dotrinar los indios naturales
Se ocupaban, con celo religioso
Predicando, i riñendo a los cristianos
Los agravios que hacerles entendian,
I los malos ejemplos que les daban,
I al Gobernador mesmo que obediente
I cristiano en sufrirlos se mostraba;
Viendo que el sabio Salomon nos dijo:

Mejor es ser correjido
De los sabios, que adulado
De los malos i engañado.

Instruian en la fé i dotrina santa
A algunos que hallaban mas ladinos;
I hacían procesiones por las calles
Cantando la dotrina i catecismo;
I por ser pocos i la jente tanta,
Don Pedro de Valdivia, a un su criado,
Buen cristiano, llamado Villalobos,
Ocupaba en el mismo ministerio,
Después que todo pacífico ya estaba,
Más asentado, dócil i más quieto,
Que siempre de buen celo mucho hubo,
Aunque ha habido quien diga que ni rastro.

Fuéron los franciscanos fundadores
Dos frai Juanes, el uno de Torralva,
I otro que siempre el santo fué llamado,
I era su sobrenombre de la Torre;
Firmes torres que Dios enviar quiso
A que los pecadores se acogiesen,
Dejando i confesando sus pecados.
Fraí Cristóbal, el otro, Rabaneda;
I de la casa i órden mercenaria,
Un padre frai Domingo de Correa,
I frai Francisco Frejenal, con otros
Contínuo en dotrinarlos se empleaban,
Sin otros muchos que despues vinieron

I aprendieron la lengua con cuidado
Para acudir a este alto ministerio,
En el cual con extremo aventajado
Fué el bachiller González, don Rodrigo,
Que murió electo Obispo desta tierra,
I siempre como tal fué respetado,
Aunque de consagrarse no hubo modo
Por mil inconvenientes que ocurrieron,
Mui largos de contar i no esenciales.
Vino despues electo i consagrado
A suceder en esta prelación,
Don frai Fernando, que de Barrionuevo
Tuvo renombre, franciscano fraile
Que dos años duró en el obispado
O poco más; i por sucesor tuvo
Un varon santo, venerable mucho,
A quien alcancé yo por poco tiempo,
Frai Diego Medellin, tambien francisco,
Que al gobierno llegó de don Alonso;
I otro tambien despues que se llamaba
Frai Francisco Lizárraga, i muriendo
Vino otro cuarto franciscano luego
A la silla, i su nombre habreis oido,
Que murió en esta corte ha pocos años,
Don frai Juan Perez de Espinosa era;
Varones todos de mui grande ejemplo;
I hoi vive, i venturosa i mui honrada
La hace otro don Francisco, de Salcedo,
Digno prelado de mayor asiento,
Clérigo canonista, venerable
Por sus claras virtudes i nobleza;
Con que os he dicho los obispos todos
Para no embarazarme más en esto.

Pero estando la tierra ya mas quieta
I con más jente i más fortificada,
Juzgó Valdivia ser mui conveniente
El tener más siguras las espaldas,
I que Coquimbo se reedificase
Haciendo un buen castigo en copiapóes,
Ántes que su maldad se envejeciese

I diestros les hiciese la esperiencia
De tanto guerrear con españoles;
Que es consejo de Tácito Cornelio
I que en Chile mui poco se ha guardado:

Guerra con bárbara jente
Procura mucho abrevialla,
Por con ella no adiestralla.

I ofreció de hacer esta conquista
Cuando muchos mostraron rehusarla,
El valeroso Aguirre, cuyo nombre
Ya la tierra temía i dél temblaba,
Con solos treinta hombres escojidos.
Don Pedro de Valdivia confiado
De tener buen suceso, despachóle;
El cual llegando al sitio donde estuvo
Poblada la ciudad, la pobló luego
Haciendo un fuerte donde de sus nietos
Es casa hoi, i en él dejando veinte
Hombres, con solos diez determinóse
De ir a hacer el castigo a aquella jente
Que estaba en sus vitorias orgullosa;
Resolucion terrible i arrojada
I no sé si la llame temeraria,
Aunque el suceso bueno más la abone,
Mas la opinion cobrada tanto puede
De ser gran capitán, i aquel espante
Que puso en Atacama su vitoria,
I otras muchas que tuvo en Promocoes,
Cuya fama corrido habia la tierra,
Siendo gran parte en la de Santiago
Como ya visteis, i aun el todo casi,
Que al camino subieron a ofrecerle
La paz con sumision los tan valientes,
Con un capitanejo que habia sido
El principal en todas sus hazañas,
Que llamaban Cateo; i fué la causa
Desta resolucion haber entrado
En el valle por parte no pensada,
I cojido al cacique de repente,
Que al camino derecho habia enviado

Su jente a dar un tiento a la fortuna,
I esperaba seria lo pasado;
Pero viendo tan cerca un tal peligro
Vióse perdido, i quiso sujetarse,
I despues que le vió dentro en su casa,
Temió tanto que en esto confirmóse.

Oido pues Aguirre ya a Cateo
Que le daba a entender morian de hambre
En Copiapó, i que habia poca jente,
Quizá pensando hacer bien de las suyas,
Le mandó se volviese, i que dijese
A su cacique que mucho le pesaba
De que de paz le hubiese así salido
Porque él venia a solo castigarle,
I con aquello hacerlo no podia
Como quisiera, i a entenderle dando
Que llegaria a su casa ya de noche;
Vuelto ya el mensajero a sus espaldas
Envió los cinco de sus compañeros
Que llegasen a casa del cacique
De quien de creer era no huiria,
Viendo cinco soldados iban solos;
I mandóles cual preso le tuviesen
A la vista, entretanto que él llegaba.
I hiciéronlo tan bien que a poco rato
Cuando él llegó, ya preso le tenían
I estaban de su casa apoderados.
Hecho esto, i con cuidado procediendo
Castigó mui de espacio a aquella jente,
Perdonando al cacique por lo dicho,
I porque era marido de la india
Que dió vida a los dos, como ya vimos,
I se lo habia rogado así Miranda,
Que ya vecino era de Santiago.

Mas por contaros un estraño caso
Que allí le sucedió, pararé un poco,
I fué que un caciquillo desta jente,
Viendo ahorcar a otros que su culpa
Mesma tenían, i no más probada,
Con cincuenta vasallos hizo fuga,

Temiendo que su tanda le llegase;
A quien él luego siguió con tres soldados.
I yendo en sus alcances, alcanzaron
Un hijo del cacique a quien seguian,
Que al camino salió diciendo estaban
De acuerdo de venirse de paz todos,
Bajando de una sierra en que encumbrados
Adelante pasar no habian podido;
I con tan buen semblante lo afirmaba
Ofreciendo su vida a la fianza,
Que por no fatigar más los caballos
I por más no alejarse de los suyos,
Que solos en el valle seis quedaban,
Se volvieron los cuatro, i esperaron
La promesa del hijo prisionero;
Mas al cabo de tres o cuatro días,
Viendo que ya tardaban demasiado,
Mandándole venir a su presencia
I preguntada la causa, dijo firme:
«Capitan, que me mates yo merezco,
I a eso solo volví, viendo que ibas
En los alcances ya de nuestra jente,
Por librarlos a costa de mi vida,
Que no importa yo muera, pues mi padre
Con sus vasallos ya se halla libre;»
Que dijo, como sabio, Periandro:
Necesidad i apretura
Hace a veces los medrosos
Atrevidos i animosos.
Admiró un tal suceso a Aguirre mucho,
I dióle libertad con honra grande,
Dándole algunas cosas mui de estima,
De Séneca siguiendo aquel consejo:
Dos veces supo vencer
El que a sí mismo venció,
I al vencido perdonó.
Éste, poco despues, trujo su jente
I al padre, i una i otro, i todo cuanto
Conquistó, mui de paz ha estado siempre.
I éste de Aguirre fué el repartimiento,

Bien merecido más que los agravios
 Que después se le hicieron, cual veremos
 I habiendo ya ocurrido al Reino jente
 Mucha, a la fama de su gran riqueza,
 Valdivia conquistó tan adelante
 Arriba, que pobló ciudades cuatro:
 Una la Concepcion, del mar en puerto,
 Cerca de los estados valerosos
 De Arauco i Tucapel, tan celebrados,
 Que ha durado hasta hoy; i es diocesana.
 A quien puso este nombre porque estando
 Peleando allí cerca, en gran peligro,
 Dijeron los vencidos naturales
 Que una linda señora de Castilla
 Les cegaba los ojos, i por esto
 Sin poder resistirse, se rindieron;
 Habiéndole tenido en tanto aprieto
 Que si no se apeara con amigos
 Cuatro, que fueron, el Gaspar Orense
 Que dije, i con Francisco de Riberos,
 Don Juan Jufre, i el cuarto Alonso
 De Córdoba, valientes i atrevidos
 Que a estocadas mataron mucha jente,
 Por donde abrir el paso bien pudieron.
 Pensaban ser perdidos en tal trance,
 Cercados i apretados de millares
 Muchos de hombres feroces i obstinados,
 Que cruzando las lanzas i macanas
 El romper estorbaban a caballo,
 I a palos i pedradas los mataban.
 Con que queda aprobada la sentencia
 De Tácito Cornelio, donde dice:
 Osada resolucion
 Suele ser total remedio
 Del que la toma por medio.
 A la otra la Imperial la dió por nombre;
 Porque en cas (1) de un cacique poderoso
 De los de su comarca, halló en la puerta

(1) Abreviatura de casa, muy usada hasta el siglo XVII.—M.

Un águila imperial de dos cabezas,
Bien entallada, no sin gran misterio,
En que habia mucho que contar, pudiendo,
I fuera para mí mui dulce cuento,
Porque destas insignias vitoriosas
De los romanos, hai que decir mucho
De que a mí no me toca poca parte (1);
Mas falta tiempo aunque voluntad sobra.

Tuvo esta poblacion de tributarios
Mas de trescientos mil, que daban oro,
Que si una peste no sobreviniera,
Que los dos tercios se llevó en dos mesos,
Cosa tan milagrosa como rara,
Poco prevalecieran los cristianos
Cuando presto despues se revelaron
Los que quedaban, como ya veremos.

A otra la intituló la Villarica,
Porque mostraba mucho haber de serlo,
Como lo fué en mucho oro un tiempo corto.

A la otra su apellido mesmo puso,
Llamándola Valdivia, en un rio grande,
Puerto de mar, capaz de cien navíos,
Que se le pareció en la suerte mala.

Estas tres en mi tiempo se perdieron
Como vereis despues; mas despoblada
La Imperial, fué sacando alguna jente.

Fué la riqueza que Valdivia tuvo
Casi increible, i los vecinos mucha,
Con gastarla como agua i como arena;
Mas como dijo el Estadista grande (2)

Todo bien mundano es frájlil;

I aquel que mayor le alcanza,

Está puesto en más balanza.

No quiso en los Estados (3) hacer pueblo,

(1) El autor alude a su apellido.—M.

(2) *Tácito*.

(3) Los conquistadores solian llamar el Estado o los Estados al pequeño territorio que ocupó la tribu de los araucanos, que habiendo sido la primera que venció

Sino unos fuertecillos, por quedarse
 Con ellos para sí sin repartirlos,
 I del Sabio el Proverbio en él cumpliöse:
 El que para su morada
 Alto edificio maquina,
 Sin duda que busca ruina;
 Que ser conde i marqués destes Estados
 Pretendia, por lo cual les dió estos nombres.
 Dijo bien el Paduano (1)
 Que causas particulares
 Destruyen las jenerales;
 Con ser principio de justicia claro,
 Como el Jurisconsulto (2) bien lo dijo:
 La pública utilidad
 Preferida es de derecho
 Al particular provecho.
 Por esto a Villagra, que habia traído
 Doscientos hombres del Pirú, envíole
 A descubrir con ellos más arriba,
 Dejando sin presidio los Estados,
 Por no obligarse a repartir en ellos
 Algunos indios a hombres principales.
 I tan presto se alzaron, que pudiera
 Volverlos a llamar, que cerca estaban;
 I no así entrarse con setenta solos
 A pelear tan temerariamente,
 Por no dar a entender su yerro grande,
 (O su cudicia, que era lo mas cierto)
 Dejándose llevar de pareceres
 De mozos arrogantes i atrevidos
 Que aquella entrada mal le persuadieron,
 Pues era oficio suyo el ponderarla;
 Que, como dijo Salomon el sabio:
 La fortaleza es de mozos
 Alegría; mas de viejos

a Valdivia i detuvo la conquista, dió su nombre a las demas tribus indijenas. Este nombre de araucanos fué consagrado por el poema de Ercilla i aceptado por la historia.—M.

(1) *Tito Livio.*

(2) *Jústíniano.*

Dignidad, canos consejos.
 I en otra parte él mismo tambien dice:
 Donde hubiera gran soberbia,
 Allí habrá gran ceguedad;
 Sapiencia donde humildad.
 I puesto ya en el trance riguroso,
 I viendo mui turbados los que dieron
 El consejo de entrar de aquella suerte,
 Aunque su perdicion mui clara vía,
 Antes quiso morir honradamente
 Que macular su nombre én tal estremo;
 Que dijo bien Justino en este caso:
 Quien muchas veces venció,
 Ninguna tal muerte halla
 Como morir en batalla.

Matáronle cual cuenta en su *Araucana*
 El famoso de Arcila (1), aunque con muchas
 Diferencias que yo enmendar pudiera
 Si llevara esta historia por estenso;
 Si bien son todas ellas lastimosas,
 Tanto que gusto mucho de escusarlas,
 Mas no puedo escusar decir aquella
 Sentencia que a la letra el Sabio dice:
 Imprudente capitan
 Mil por su culpa destruye;
 Vive el que cudicia huye.

I en esta muerte se probó mui claro
 Lo que Séneca dijo en su sentencia:
 Que es imposible o difícil
 El ser bienaventurado
 El que es rico demasiado.
 I otro dijo mejor, si mal no pienso:
 No la fortuna a los ricos
 Tantos bienes les dió dados,
 Mas por burlarlos prestados. (2)

(1) En Góngora Marmolejo i en casi todos los autores del primer siglo de la conquista, el famoso autor de la *Araucana* es apellidado tal como lo escribe Melchor Jufre. —M.

(2) *Dion Casio*.

I fué la mayor lástima de todas
 Que teniendo a los indios ya vencidos,
 I yéndolos llevando retirados,
 Por seguir el alcance demasiado,
 Reconoció Lautaro los caballos
 No se podían mover, i que sería
 Cosa fácil, volviendo a rehacerse,
 Desbaratarlos, i tomó la mano
 En la amonestacion de sus patriotas,
 Causa total de pérdida tan grande.
 Puente de plata al que huye,
 Dijo el famoso Cipion,
 Sentencia de tal varon.

CAPÍTULO IV

De los Gobiernos que se siguieron hasta el de la Audiencia Real

PROVEUTO

Paso, muerto Valdivia, aquello casi
 Sobre el gobierno que refiere Arcila,
 Que porque lo contó en tan sonoro
 Verso, i entiendo ya lo habreis leído,
 Como cosa de todos tan sabida,
 Lo escuso por pasar más adelante.
 Pero al fin Villagra le sucediendo
 Tuvo aquellos desastres de la Cuesta
 I de la Concepcion, como allí vísteis.

GUSTOQUIO

Ya lo he leído, i admirable mucho
 Fué ese suceso todo de la muerte
 Que dieron a don Pedro de Valdivia;
 I lo que a Villagra sucedió luego,
 Hasta aquella vitoria de Lautaro

En Mataquito, con que recobraron
 I a los conquistadores alma nueva (1)...
 Pasad al gobierno ya de don Garcia
 Que presto se siguió, i fué vitorioso.

PROYECTO

Sí fué; pero su fin no tanto bueno,
 Que es en el que la gloria cantar suelen.
 Supuesto que decís que en la *Araucana*
 De Villagra i Lautaro habeis leído
 El suceso que sabe el mundo todo,
 I que no importa mucho el advertiros
 De lo que errada está en algo, el caso
 Digo, volviendo a él, desta manera:
 El año mil i quinientos i cincuenta
 I seis, en el Pirú ya se hallaba
 El marqués de Cañete gobernando
 (Como Virrei que fué) la tierra toda;
 I sabido el suceso de Valdivia,
 I que entre Villagra i Aguirre andaba
 Sobre el gobierno grande competencia,
 Porque se halló que en un memorial suyo
 Valdivia a Aguirre ya tenia nombrado,
 Que estaba conquistando los Jurés
 (Cuyo gobierno el Rei le dió adelante)
 I luego sus amigos le llamaron;
 I hallando a Villagra ya recibido
 Por los de Santiago, estaba todo
 En condicion diviso en opiniones,
 Acordó de enviar a don Garcia
 De Mendoza, su hijo, a aquel gobierno,
 Con trescientos soldados mui lucidos,
 En que fueron mui grandes caballeros,
 Cosa que le dió lustre i un ser nuevo.
 I lo primero que hizo fué en llegando
 Prender a Aguirre i a Villagra, i juntos

(1) Parece que hai una laguna de uno o mas versos segun la falta de sentido que se nota.—M.

I en un navío enviarios a su padre,
Que si los agravió, los honró mucho,
(Si bien no tanto como merecian)
Lo más que fué posible en tal estado;
Mas Francisco de Aguirre en la hacienda
Padeció mucho, i no fué satisfecho.

Entró pues don Garcia, como digo,
Con mui lustrosa casa i aparato,
El cual, demas de haber pacificado
Por fuerza de armas a los araucanos,
Habiéndoles ganado dos vitorias
En que les quebrantó su orgullo fiero,
Como en verso elegante el licenciado
Pedro de Oña cantó tan altamente,
I puesta ya la tierra en paz tranquila;
Trató de la justicia i el gobierno
Dando forma al estado de la Iglesia
I al secular tambien, que con él vino
Para esto todo un docto licenciado
Santillan, que oidor era de Lima,
Por justicia mayor; i a eila atendiendo,
Hizo una tasa i ordenanzas muchas,
Que duran hasta hoi algunas dellas.

Descubrió don Garcia más arriba
De Valdivia, i pobló una ciudad buena
Que Osorno la llamó (mas nunca supe
El por qué) pero es cierto a ser sigunda
De aquel Reino ilegó por cuarenta años;
I más de treinta habrá fué despoblada,
Con pérdida mui grande; que fué siempre
De jente principal mui guarnecida,
De lustrosos vecinos, i edificios,
Para conforme en Indias se platican.

Mas ántes de pasar más adelante
Conviene aquí inferir que aquella guerra
No es invencible como muchos piensan,
Pues la acabaron bien los dos ya vistos
Gobernadores, i por despreciarla
Murió Valdivia por gran culpa suya,
I fambien don Garcia tuvo azares;

Ámbos por la gran suma de enemigos,
I ser pocos los nuestros contra su pujanza,
Que son copia decente. (1) Todos cuantos
Pusieron pecho a cualesquier facciones,
Las consiguieron con vitorias llanas;
I es llano que Valdivia conservara
Lo por él conquistado si no hubiera
Apartado de sí el nuevo socorro
Que envió a descubrir la costa arriba;
O con recato entrara a hacer castigo
Con cuatrocientos hombres, cual pudiera
I como hacer debía, pues perdido
Estuvo con doscientos, como vimos,
Junto a la Concepcion ántes de haberla
Poblado, i por los mismos araucanos.
Pues casi al mismo modo malogradas
De don Garcia las vitorias fueron,
Pues estando pacífico ya todo,
I estando ya poblando por su órden
De la otra parte de la cordillera,
Un capitan que Pedro del Castillo
Se llamaba, i a quien sucedió luego
El jeneral Jufré que dos ciudades
Pobló que duran hoi, i han sido siempre
Escala de las tierras de adelante;
I el jeneral don Luis Jufré, su hijo,
Otra despues pobló más en comedio
En tiempo de Loyola, que por esto
De San Luis de Loyola la dió nombre,
En que la costa i el trabajo puso
Sin más premio que haber su Rei servido
Como su nacimiento le obligaba....
Le llegó a don Garcia de Mendoza
Nueva a este tiempo de que le venia
Villagra a suceder en el gobierno;

(1) Es decir *en cantidad digna de ser atendida o tomada en cuenta*. Todo este trozo parece haber sido mui estrópeado en la imprenta, pues como se sabe, Melchor Jufré no corrigió las pruebas de su obra.—M.

I que precisamente le mandaba
 Su Majestad volviese los estados
 De Arauco i Tucapel, que habia tomado
 Por su encomienda, a la mujer del muerto
 Don Pedro de Valdivia; (1) i con aquesto,
 Como nadie por sueldo allí servia,
 Ni en treinta años despues tuvimos paga,
 Todos pedian mercedes o licencia
 Para irse al Pirú a buscar su vida.
 I por no los dejar allí cautivos,
 Como no era posible contentarlos,
 Pues no con poco esto podia hacerse,
 Por ser hombres de grandes pensamientos,
 De calidad i méritos mui grandes,
 Dió más licencias muchas que debiera;
 Sobre que algunos se desmesuraban
 Sabiendo que su padre era ya muerto,
 I que venia ya a el Reino otro gobierno,
 Por no obligarse a algun castigo justo,
 Como estuvo mui cerca de hacerse
 En el ya referido coronista
 Que despues fué, i mostró pasion callando
 De don Garcia mui lucidas cosas
 Que pudiera decir con verdad mucha
 (Como yo lo hiciera a tener tiempo)
 Pero dejó rogarse don Garcia (2)
 Que el sufrido con prudencia
 Se gobierna, i imprudente
 Muestra ser el impaciente.
 I era prudente i cuerdo, i como dijo
 El mestre de estado (3) en su sentencia:

(1) Véase sobre este punto el *Proceso de Pedro de Valdivia i otros documentos concernientes a este conquistador, reunidos i anotados por D. Barros Arana. Santiago. 1873.* Pág. 326 i siguientes.—*M.*

(2) Alude al resentimiento que segun los amigos de D. Garcia, guardó Ercilla contra éste, i fué causa de que no lo celebrase en su *Araucana*. El suceso que dió motivo a este resentimiento i a que hace referencia el mismo Ercilla en algunas octavas de los cantos 36 i 37 de su poema, se encuentra relatado en casi todas sus biografías.—*M.*

(3) *Tácito.*

El que no deja rogarse
En los excesos menores,
Cruel será en los mayores.

I para no llegar a estrecho trance,
Dejando allí a Rodrigo de Quiroga,
Que era un vecino rico i mui bien quisto
El Reino a cargo, se embarcó tan pobre
Que oí decir por cierto un solo luto
Honrado no alcanzó, i de bocacés
Negros fué el que llevaba al embarcarse;
I despues fué Virrei como ya vimos,
Que tales altibajos tiene el mundo.

Quedaron en Arauco seis o siete
Hombres no más, i en Tucapel no treinta,
Cosa que ocasionó el perderse luego,
Como era cierto por tan mal aviado,
Descuido o flojedad no sé si diga,
O permission del ofendido cielo,
Por los muchos pecados de la tierra.

Entró pues Villagra en este gobierno,
Nombrado por el Rei, con poca jente,
I fué de los del Reino recibido
Con gusto i con aplauso i esperanzas
Nucvas, porque lo nuevo todo aplace;
I porque como antiguo compañero
De los conquistadores, más humano
I ménos grave se mostraba a todos.

Jeneral de la guerra hizo a su hijo
Que Pedro Villagra tenia por nombre,
Caballero valiente i de gran brío,
Amado de soldados, pero mozo
Más que para tal cargo convenia,
El cual, con el orgullo que en sus años
Es ordinario, i de otros más movido,
Que no hiciera a saber aquel consejo
Que dan los estadistas (1) que así dice:

(1) *Tácito.*

Que no siempre el jeneral
 Ha de aplaudir ambicioso
 A su ejército orgulloso;
 Un fuerte acometió en que mucha jente
 Con sitio inespugnable le esperaba,
 Sin ser paso forzado ni importante
 Acometerle, más de por bravata.
 Matáronle con jente mui lucida,
 Con que quedaron estos vitoriosos;
 I con tantos despojos i trofeos
 Tan soberbios, que el Reino se ardió luego
 En guerra, i mil recuentros se ofrecieron
 Con diferentes suertes de ámbas partes;
 Las cuales con prudencia bien previstas
 A su gran multitud i orgullo fiero,
 Se acudía a la defensa necesaria,
 Reservando el castigo a mejor tiempo.

Hallábase al presente en *lo de arriba*,
 (Que así aquellas ciudades se llamaban,
 Desde otra poblacion frontera, fuerte
 De guerra, que de Ongol era su nombre)
 Pedro de Villagra, maestre de campo,
 I entónces de los hombres de mas nombre
 Que las Indias tenian de milicia;
 Aquel que queda dicho con setenta
 Entró por tierra en tiempo de Valdivia
 Con tal cargo, vecino era del Cuzco,
 I guerreado habia los estados
 Desde Imperial i Ongol con valor mucho,
 I tenido vitorias de importancia.
 A éste pues Villagra (1) un fuerte bueno
 En Arauco dejó en aquella guerra,
 Habiendo a Tucapel ya despoblado
 Con que a la Concepcion el retiróse
 Cargado del pesar del muerto hijo,
 I de muchos cuidados del gobierno
 Que era mui grande ya, i de mucho peso,
 I pocas fuerzas con que sustentarlo.

(1) Francisco de Villagra, el gobernador.—M.

Don Miguel de Velasco se hallaba
De Ongol en la frontera peligrosa,
Donde de ocho mil indios fué cercado,
A quienes dió batalla i salió a ellos
Con solo treinta hombres, de aburrido,
I los venció por un casi milagro.

Arauco tuvo cerco i con hallarse
En él tal capitan i ciento i treinta
Mui escojidos valerosos hombres,
Estuvo mui a canto de perderse;
I los indios llevaron una pieza
De artillería de la de los cubos;
Mas no fué éste el mayor, que retirados
Esta vez los valientes araucanos,
I quedando en el fuerte por cabeza
Lorenzo Bernal, hombre mui de cuenta,
I que después allí ganó gran nombre
De valiente, i honró a Canta la Piedra,
En Castilla la Vieja, patria suya,
Pues siendo allí cercado de una junta,
Que es cierto de diez mil hombres pasaba,
Le sustentó por más de mes i medio,
Con trabajo increíble i valor raro,
Muriéndosele de hambre los caballos,
Que de la flecha de los enemigos,
Que eran de caña, ya los sustentaba;
I pasando su jente estremos grandes
Sin hallarse con fuerzas, aunque cerca
Villagra se hallaba de acorrerle,
Aun con tener a Pedro allí consigo,
Que a todo riesgo i trance se ofrecia;
I viéndose Bernal tan apretado,
I que podia durar meses el cerco,
I que mucha comida le gastaban
Unos indios amigos araucanos
Que allí tenia consigo, i receloso
Dellos se hallando, por los cercadores
Ser sus parientes, desto confirmado,
Los mandó salir fuera de su fuerte;
I allí al momento los despedazaron

Con bárbara crueldad, i sentimiento
No poco de Bernal que lo miraba.
Mas, bien se lo pagaron adelante,
Que es opinion mató su lanza sola
En veces, destes mesmos, más de ciento.
En fin, se retiraron convencidos
De la perseverancia dei caudillo
I la gran vijilancia de su jente.

Murió el gobernador Villagra en breve,
I a Pedro Villagra dejó el gobierno;
Que a Arauco despobló por no poderle
Sustentar, sin gran riesgo de su ruina.
Pero cayó en mayor inconveniente,
Porque creyendo ya temidos eran
Los enemigos, viendo despoblarlo
Se levantó por más de treinta leguas
Lo que a la Concepcion de paz servia;
I la cercaron tiempo de dos meses,
I la pusieron en un grande aprieto,
I Ongol lo estuvo de la misma suerte.
Pero bien defendiendo su partido,
I habiéndole subido un buen socorro
De la noble ciudad de Santiago,
Que siempre en tales trances ha acudido
Como cabeza a socorrer sus miembros,
Alcanzó dos vitorias importantes,
En que matando mucha buena jente,
Restauró la opinion i lo perdido,
I crédito mayor para adelante.

Presidia en el Pirú ya en este tiempo
El licenciado Castro que, nombrando
Al capitan Rodrigo de Quiroga
Para gobernador, le envió socorro
De trescientos soldados mui a tiempo;
I con otros doscientos veteranos
De la tierra, subió i entró pujante
En los Estados, que la paz le dieron
Por dejarle quebrar la primer furia
I tener en el campo sus comidas.
Pero cojidas ya i en cobro puestas,

Se alzaron luego, como de costumbre
El hacerlo tuvieron tiempo largo,
Sin que se hiciese nunca buen castigo
En esta jente para su escarmiento,
Con ser tan entendida esta su traza,
I mostrar la esperiencia cuán dañosa
Era el recibir paz tan paliada,
I que se via la daban para solo
Entretener i quebrantar la fuerza
Nuestra, cuando la vian mas entera.

Guerreó despues dos años con instancia,
Con diversos sucesos i batallas,
I teniendo rendida mucha parte
De lo poblado ya, sin acabarlo
De quebrantar cual fuera conveniente,
Envió a poblar de nuevo más arriba
De la ciudad de Osorno, porque en Lima
Se entendiese que mucho aventajaba
El gobierno, i que se hallaba todo
Mui sujeto, pacífico i siguro.
En esta última tierra, donde vive,
En un gran archipiélago de islas,
Jente mucha mui dócil, aunque pobre,
Hizo esta poblacion con poca guerra
Martin Ruiz de Gamboa, un caballero
Que fué su yerno i gobernó adelante.

A la ciudad llamó ciudad de Castro,
Por el ya dicho grave Presidente,
I Chilué se llama la provincia
Que el extremo de Chile siempre ha sido;
I contera del mundo, a lo que pienso,
Se pudiera llamar con justa causa.
Por entónces sirvió de dar cuidado
Mayor a quien el Reino gobernase,
I casi siempre desto ha más servido
Que de otro útil de importancia mucha.
Dura hasta hoi reliquia alguna della,
Habiendo sido presa de corsarios,
I vitoriosa dellos tambien pudo
Ser, mas no supo asir de la guedeja

A la ocasion que acaso se le vino.

Estando en este estado pues las cosas
Mandó Su Majestad que se asentase
Audiencia en aquel Reino, por objetos
Que se habian puesto a los gobernadores
De que la guerra hacian infinita
Para de todo más señorearse;
I otras mayores cosas se decian,
Que ocasionaron una accion tan grande
En tiempo que no estaba bien la tierra
Dispuesta para cosa semejante,
Como por la esperiencia se vió luego;
I presto se tomó mejor acuerdo
Para hacer las cosas necesarias.

CAPÍTULO V

Del Gobierno de la Real Audiencia i otros hasta la muerte del Gobernador Martin
García de Loyola.

Llegaron pues ya juntos de la Audiencia
Con los recaudos i oficiales todos
Dos Oidores, i por más antiguo
Egas Vanegas, i el segundo era
Torres de Vera, i siendo recibidos
Allí en la Concepcion, donde traian
Orden de residir para que diesen
A la guerra calor, i la justicia
Entablasen, del todo que perdida
Estar en aquel Reino se pensaba;
En sí tomaron el gobierno luego,
Carga pesada más que parecia,
I que dejó Quiroga mui de grado
Della cansado, más que deseoso
De continuarla por más largo tiempo.
I asentáronla al modo que la tierra
Daba lugar, con aparato poco;
I habiéndose entendido que los indios

Rebeldes, para estrena desta órden
Que entendieron el Rei les enviaba,
En Tucapel un fuerte habian alzado,
Mostrando en esto su obstinado pecho,
Con que sustentar guerra pretendian.
Al jeneral que dije de Quiroga,
Martin Ruiz de Gamboa, le ordenaron
Que juntamente con el valeroso
Bernal, maese de campo que la guerra
Tenía a su cargo, entrase en el estado,
I llegasen a ver lo que esto era,
Haciendo lo que bien les pareciese.
Llegaron, i los indios recojidos
En su fuerte, i en él mui confiados,
Aguardaron batalla descubierta,
Lo cual viendo Bernal, fué de consejo
Que, aunque el sitio del fuerte no importaba,
Se les debía quitar aquel orgullo,
Peleando con ellos en el mesmo,
Pues que llevaban fuerza tan bastante.
I entrando él en vanguardia, le embistieron
I ganaron, mas no sin resistencia,
Matando mucha jente i la más buena.
I quebrantado así su nuevo brío,
Dió la paz luego toda aquella costa,
Quedándose rebeldes los de afuera
Desde Imperial a Ongol i Biobío,
Por espacio de más de treinta leguas,
Para lo cual por jeneral nombraron
A don Miguel (1) para esta nueva guerra,
Por conocer mejor aquella jente
I haberla tantas veces ya vencido.
I a Lorenzo Bernal, por su defensa,
Correjidior i capitán hicieron
De la ciudad en que la Audiencia estaba,
Que era la Concepcion, como ya dije.
I cerca de la entrada del verano,

(1) Don Miguel de Velasco, de quien se ha hecho referencia al final del capítulo anterior.—M.

Antes de hacer la guerra, consultaron
Con teólogos buenos, que ya habia
De las tres religiones en el Reino,
Domínica, Francisca, i Mercenaria,
Con clérigos tambien, que habia doctos:
Sobre si estaba bien justificada
Esta guerra, i se hacia con justicia,
Por seguir el consejo de Cornelio,
Que dice en sus *Anales* desta suerte:

De comunidades libres
Para que el imperio dure
Poco a poco se procure.

I así lo que salió de la consulta
Fué que a su jeneral luego ordenaron
Que sin hacerles guerra, ni malocas,
Sin talar las comidas, mensajeros
Les enviase a la paz los convidando,
Remitiendō a la Audiencia los caciques
De los ya reducidos, i que a verle
De nuevo a él viniesen con seguro
De que, aun siendo de guerra, ningun daño
Se les haria, sino bien i honra,
Con que salvo conducto dél trujesen.

El cual lo cumplió así, i atravesando
Por la tierra de guerra, sin dañarles,
Ni consentir cortarles una espiga,
Prendió tres indios solos, que salieron
A unos soldados de su retaguardia,
I enviólos a la Audiencia, que hacia
A los caciques de los reducidos
Cada dia mui grandes parlamentos,
No con poco pesar de los soldados
Baqueanos, que habiendo derramado
Su sangre, i conociendō la malicia
De aquella jente, abominaban mucho
Que con tanta blandura les hablasen,
Que como el sabio Salomon nos dijo:

A los que adulan al malo
Los pueblos los maldirán,
I los abominarán.

Persuadíanles que diesen la paz cierta,
Prometiendo cumplirles cuantas cosas
Sabían pedirles, aunque bien dijeron
Sentencias muchas de estadistas esto:

No se conceda al rebelde
Todo, ni se niegue todo;
Entretenle con buen modo.

Dijéronles tambien como mandaba
El Rei, nuestro Señor, se les guardase
Justicia en todo, como se haria
Con gran puntualidad de allí adelante;
I con gran agasajo i muchos dones
Fueron mui gratos, a lo que mostraban,
No con pequeña risa de los nuestros,
Veteranos, que ya los conocian,
Que como dijo el Sabio es cierta cosa:

El enemigo en sus labios
Te engaña, i su corazon
Te busca la perdicion.

I así en otro lugar mas claro dice:
Al declarado enemigo
No le des perpetuamente
Crédito, porque te miente.

Así lo hicieron éstos, que no dieron
La prometida paz, ni más tornaron
Con alguna respuesta mala o buena.
Ántes de la Imperial en el camino
Dos soldados i un clérigo mataron.
Lo cual visto, salió a hacerles guerra
De Arauco don Miguel a aquella parte;
I en saliendo se alzaron los estados,
Sin darles ocasion, i sin pedirles
Tributo, ni servicio, ni otra cosa,
Solo ensoberbecidos del regalo
(Condicion que es mui propiamente suya
Inferir que les teme el que se le hace)
Que en los *Proverbios* Salomon nos dice:

No hables a las orejas
Necias, que despreciarán
Todo el bien que te oirán.

Volvió a entrar i al camino le salieron
Con las flechas i lanzas amoladas,
I pelearon con él mui obstinadamente;
Pero desbaratólos, i matando
Dos nititoques (1) suyos, luego mui humildes
La paz le dieron, sin quedar alguno
Que tratase de guerra en lo de adentro.

Llegó en esta sazón por Presidente
El doctor Melchor Bravo de Saravia,
De grande autoridad, i conocido
Caballero de Soria, gran letrado,
Que siendo de la Audiencia de los Reyes
Oidor, donde pudiera con sosiego
Mui rico allí pasar, por más servicio
De Dios i de su Rei, tan grave peso
Quiso tomar sobre sus fuertes hombros
Como esta Presidencia, i un gobierno
Tan trabajoso i lleno de peligros.
I no contento con lo ya pasado
En justificacion de aquella guerra,
Envió relijiosos franciscanos
A Arauco, que llamasen los de guerra
Desde allí para hablarlos i enterarlos
En que el quietarse les estaba a cuento;
I queriendo tambien aprovecharse
Para esto mismo de un ladino indio
Que trajo desde Lima, i caciquillo
Era de algunos pocos araucanos,
I gran cristiano ser finjido habia,
I estando desterrado allá por malo,
Ya don Juanillo el bueno le llamaban,
Que pareciendo a todos que sería
Por haber visto en Lima fuerza tanta
Causa de desengaño a sus parientes,
Le enviaron a hablarlos, confiados
Mucho persuadiria la paz a todos.

I fuéles su cuchillo, i grande causa
De la obstinada guerra que sustentan,

(1) Nititóques son capitanes que ordenan la guerra.—*El autor.*

Diciéndoles que ya de Lima nadie
Quería venir a Chile, que estuviesen
Firmes, que en acabando aquella jente
Que había entónces en Chile, estaban libres,
I que eran engañosas las promesas
Que les hacían, de miedo, por faltarnos
Fuerzas para poder seguir la guerra,
Cosa que imprimió en ellos fácilmente,
 Que es más fácil persuadir
 Que el bien, el más grave mal
 A los de mal natural (1).

I acrecentó este mal otro ladino,
Loble llamado, que cautivó ántes
Pedro de Villagra, i con otros muchos
A Coquimbo bajando, desterrado,
Con finjida i traidora hipocresía
Se bautizó, i finjió ser buen cristiano;
Con que, ya acreditado, a Santiago
Lo dejaron venir, i hasta su tierra
Se fué llegando mui al disimulo;
I en aportando a ella fué caudillo
De muchos que, atraídos de sus dichos,
Se le llegaron, i cobrando fama
Con muerte de un cristiano que pasaba
Ganado a Ongol por tierra de paz toda,
Mató a traición con un engaño grande;
En su tierra juntó una gruesa junta
Más arriba del fuerte en que fué muerto
Pedro de Villagra, cual dicho queda,
(El hijo de Francisco, él gobernando)
Diciendo mil patrañas a los indios,
Que ellos juzgaban por consejos sanos.
 Que el malo obedece al malo,
 I el despechado, engañoso
 Fácil sigue al sedicioso.
Sabido por Saravia, a persuadirle
Que viniese de paz envió, con prenda
De que le perdonaba i le haría

(1) *Tácito*.

Mercedes muchas, si, pues alcanzaba
Tanta mano en la tierra, redujese
Los que andaban inquietos i alterados.
Rióse él dello, i respondió soberbio,
Cosa que irritó tanto a los soldados
Que les movió a salir luego a buscarle
Hasta su mesmo fuerte; mal consejo,
Que aunque es verdad que Tácito nos dijo:
Con quien cortesía no vale
Ni muchos medios tentar,
Miedo suele aprovechar.

(Continuará.)

